

EL FUNDAMENTO ULTIMO DE LA MORALIDAD

*Disertación leída en el Seminario
Pontificio de Santiago de Chile.*

En el curso de nuestras labores de apostolado nos hemos encontrado un día con un amigo que nos ha argüido en la forma siguiente:

“La ciencia moderna, que prescinde de la Teología y se coloca en un terreno estrictamente positivo, ha descubierto que la ley moral cambia con los grupos sociales y con las épocas históricas: así, esa moral de benevolencia que usted me predica lleva el sello indeleble de los momentos históricos en que fué formada, de la cordialidad de los primeros siglos del Cristianismo y sobre todo, del espíritu laborioso y sencillo de la pequeña burguesía medieval, de aquellas tranquilas ciudades de la Edad Media, en las cuales la vida social y económica se organizaba en torno de los gremios, éstos tenían por base los talleres y a su vez los talleres eran como una prolongación de la familia; los operarios, después de trabajar en el taller bajo la dirección del maestro, participaban de su mesa y de su hogar: no existían conflictos entre patronos y obreros. Dada la pequeñez de las ciudades medievales, cuya población no pasaba de unos cuantos miles de habitantes, esta constitución jerárquica de la sociedad producía un estrecho contacto entre todos sus miembros: para trabajar eficazmente por el bienestar propio, era necesario interesarse también por la marcha del gremio y por los negocios de la ciudad. Era pues natural que una época tal elaborara un sistema de moralidad que, aunque individualista en el fondo, porque coloca como centro el perfeccionamiento del individuo, conciliara esta condición con la fraternidad universal. Y este sistema lo coronaron con una imponente edificación metafísica y teológica, tomada de sus creencias religiosas, creyendo,

con su sencillez de espíritu, darle así una base objetiva e imperecedera. Pero desde entonces la Humanidad ha sufrido mucho y ha aprendido a ver las cosas tales como ellas son, según los datos que nos ofrece la experiencia. Hoy la rápida industrialización y el repentino crecimiento de las ciudades han producido un horroroso problema social, de magnitudes desconocidas en el pasado. Predicar la benevolencia y la fraternidad universal a las inmensas masas proletarias que arrastran su vida en los arrabales de nuestras ciudades, es condenarlas al exterminio. Hoy no necesitamos para salvar a la sociedad una moral de benevolencia sino una moral de combate. Nunca un militar que en nuestros días prepare a su ejército para una campaña tendrá la peregrina idea de proveerse, como material bélico, de aquellas catapultas para arrojar piedras que sembraban el terror hace quinientos años. Las circunstancias actuales exigen una moral que exalte en el obrero el espíritu de beligerancia, que levante su ánimo para que reclame imperiosamente, para que conquiste por la fuerza si es necesario los derechos que le asigna la justicia social.

“Usted, mi amigo, hemos contestado a nuestro interlocutor, desprecia la metafísica, pero reclama para los obreros la justicia y el derecho, que son conceptos que sólo adquieren realidad si se les fundamenta en el orden metafísico. Así como entre el proyectil del cañón más moderno y la piedra que arroja una catapulta, que ante los solos sentidos, ante aquel ojo mecánico que es la cámara fotográfica por ejemplo, son completamente diferentes, el hombre con sus facultades de conocimiento, que son sentidos más inteligencia, llega a percibir que coinciden en muchas características fundamentales, que describen trayectorias de la misma forma parabólica, que son atraídos por la tierra según las mismas leyes; así también, más allá de los datos empíricos, nuestra inteligencia descubre trazos comunes decisivos en los hombres de todas las épocas. Por eso es que usted puede reclamar para el obrero de hoy el mismo derecho a una remuneración suficiente del trabajo y a condiciones adecuadas de vida de que disfrutaba el aprendiz o el oficial del taller del siglo XIII. ¡Podemos convenir, sí, en que las leyes morales han de tener un fundamento suficientemente elevado que les permita adaptarse a las más variadas condiciones sociales e históricas. La ley de la caridad se llevará a la realidad

en distinta forma en una sociedad que se acerca a la justicia ideal, como la que usted me pinta para la Edad Media, que en un mundo hondamente dividido como el presente; pero también hoy conserva su validez: al obrero se le ha de predicar no sólo la lucha por sus derechos, sino el respeto por los derechos legítimos de los demás; se le ha de predicar para ello una caridad universal que sea aún más fuerte que las graves diferencias que lo separan de las otras clases sociales.

“No continúe usted, nos ha interrumpido quizá en este punto nuestro objetante. Acepto su tesis de que la moralidad tiene un fundamento permanente y sé lo que me va a decir usted en seguida, pero le anticipo que no iremos mucho tiempo de acuerdo. Acepto también que el hombre tiene una tendencia irresistible hacia la felicidad, la cual sólo se explica si está basada en la naturaleza misma. Pero al llegar aquí usted va a hacer intervenir su Teología y va a declarar que el hombre sólo se acerca a esta felicidad ideal trabajando por su perfeccionamiento según los caminos que le indica la ley de Dios. Y aunque usted en su sistema le dé cabida a la generosidad y a la abnegación, las subordina al trabajo por el perfeccionamiento personal. Toda moral que coloque al individuo como centro de su sistema está manchada de individualismo. A primera vista son muy diferentes una moral que predique el placer o la utilidad personal y otra que exalte el perfeccionamiento propio, pero son tan solo diferencias de grado. El placer es un bien efímero; es más sagaz buscar la utilidad propia que nos conduce a bienes más permanentes; pero la fortuna, si es más estable que el placer, es todavía bastante inestable: aún más permanente es la perfección propia, y esta es la solución a la que ha llegado la larga experiencia de sus moralistas. Pero, guiados por su preocupación teológica, han olvidado que las tendencias más profundas del hombre, las que lo llevan a satisfacciones más íntimas y permanentes, son las que lo impulsan al sacrificio por los demás. La capacidad de sacrificio del hombre es inextinguible y ha producido los más nobles tipos humanos. En las épocas en que el Cristianismo ha sido una fuerza histórica capaz de levantar una civilización ha tenido por divisa el sacrificio por los demás. Aún en los últimos tiempos sus figuras más hermosas, Juan Bosco, el Padre Damián, sus misioneros, supeditan hasta el heroísmo su bienestar personal

al de los otros. Es innegable que una moral sana y consecuente ha de erigir como centro el bienestar de la colectividad.

Un espectador, que ha escuchado atento y silencioso nuestro diálogo, interviene en este momento: "También entre ustedes dos, nos dice, hay sólo diferencia de grado: el uno busca la felicidad para el individuo, el otro la busca para la colectividad. Es más lógica la primera posición, porque es absurdo buscar la felicidad para las agrupaciones humanas, si ésta no se basa en la felicidad de los individuos que las componen. Pero la discusión me interesa poco y veo que no van a llegar a una solución adecuada. Y es que ustedes pretenden conservar a la vez la universalidad de la ley moral y su carácter de medio para llegar a un fin y esta es una síntesis imposible. ¿Qué ley moral ha de imponerse, por ejemplo, a dos ejércitos en guerra que combaten uno contra el otro? Buscar cuál de los dos cumple mejor los fines del individuo o de la humanidad y en qué lado se encuentra la justicia puede ser un ejercicio provechoso para aguzar el ingenio de los estudiantes de Filosofía, pero si se intenta llevar la solución encontrada a la realidad el fracaso es inevitable: ninguno de los ejércitos querrá reconocer que el otro posee la justicia, y es que hemos escogido un camino ficticio de solución. Sólo dos soluciones merecen estudiarse: o se asigna una finalidad diferente, y por lo tanto preceptos morales diferentes a cada uno de los bandos, sacrificando así el carácter universal de la ley moral, lo cual ni ustedes ni yo aceptamos, o se deja de considerar a la moral como un medio para alcanzar un fin, y esta es la solución que yo sostengo. ¿Qué se debe predicar, pues, a dos ejércitos en guerra para que los soldados de ambos bandos cumplan con su deber? Precisamente esto: que cumplan con su deber. Y no por alcanzar algún fin universal del hombre, lo que nos obligaría a desalentar a aquel bando que no tuviera la justicia, sino por simple amor al deber. Y esto está también de acuerdo con los dictados de la razón: es mucho más noble amar las cosas en sí mismas que tan solo por el beneficio que nos reportan; es mucho mejor amar el deber por el deber que amarlo porque nos conduce a la felicidad. Toda moral finalista es no sólo irrealizable sino impura.

"¿Percibe usted alguna diferencia, hemos preguntado entonces, percibe alguna diferencia cualitativa entre la conducta del

hombre que se deja arrastrar por su inclinación al placer y la del héroe o el santo que se lanzan con ahinco a cumplir su misión de defensores del orden temporal o eterno, o, simplemente, la del buen padre de familia que, sacrificando el atractivo de los placeres, trabaja modesta y laboriosamente por dar una buena educación a sus hijos? Hay la diferencia que el hombre entregado a los placeres no cumple con su deber y los demás sí, me dirá usted; pero el problema no es tan sencillo: el hombre vulgar llega a veces a tener corrompida en tal forma la conciencia por el cinema y la prensa escandalosa, que el único imperativo que actúa sobre él es el del placer; él también cumple con los únicos dictados que le señala su conciencia. ¿Existe, pues, diferencia de calidad entre el hombre dado al placer y el héroe o el simple hombre honesto? Usted, a su vez, no podrá hallar sino dos soluciones a esta interrogación: o afirma usted que existe tal diferencia, pero entonces acepta usted, aunque no lo diga, que hay una ley moral superior a los individuos que, aun en el caso en que ellos no la conozcan expresamente, señala la calidad moral de sus actos; o niega usted dicha diferencia. En el primer caso quita usted el fundamento principal a su tesis, porque se ve conducido a admitir que el hombre tiene una misión, que su vida tiene una finalidad y que su conducta se califica según cumpla más o menos bien esa finalidad expresada en una ley moral superior a él; y así para sus dos ejércitos en combate hay una norma superior que los mide y que ellos deben tratar de conocer y seguir, a pesar de las dificultades que sus pasiones les presenten para ello. Si usted, en cambio, prefiere negar las diferencias de calidad moral, queda de acuerdo con su tesis, pero contradice y deja sin explicación posible un dato fundamental de nuestra conciencia. La causa de su error es que, llevado por un celo rigorista, ha confundido usted bajo una denominación común dos sistemas de moral tan distintos como son uno que exalta el placer o la utilidad y propone así al hombre como ideal supremo de vida la satisfacción de sus apetitos y otro que pide al hombre que viva, aún a costa de grandes sacrificios, según el plan que le traza, no su simple capricho, sino su naturaleza íntima. La planta y el animal tienden irresistiblemente a desarrollarse hasta realizar plenamente sus posibilidades vitales. Igualmente, la tendencia más profunda del hombre lo lleva al perfeccionamiento de su naturaleza de ser corporal

y espiritual, tendencia que en un ser inteligente como es él ya no es ciega como en el animal, sino que debe ser buscada y seguida libremente. El amor más profundo es aquel que ha eliminado el capricho y se sustenta en las tendencias más íntimas de nuestra naturaleza; el hombre ama forzosamente todo aquello que le produce un bien y sólo puede amar aquello que le produce un bien; si ama un bien solo porque satisface con él un apetito, despreciando el criterio de la razón que es la que nos indica si dicho bien es conforme o no a nuestra naturaleza, tal amor es impuro; es puro, por el contrario el amor que es aprobado por la razón recta. El amor al deber por el deber, independientemente de su relación con nuestra naturaleza, que usted predica, es una abstracción, rigurosa y precisa como un concepto matemático, pero que no ha sido tomada de la realidad y no es aplicable a ella.

El nuevo objetante nos interrumpe: "También Aristóteles afirmó, dice, que el bien moral es aquello que conviene al hombre en cuanto hombre, pero no acertó a dar carácter obligatorio a su moral. Es un ideal hermoso perfeccionar hasta el más alto grado posible su naturaleza, pero es un ideal voluntario sin ninguna fuerza imperativa. Toda filosofía aristotélica libre, es decir, que elabore sus conceptos sin ver coartada su libertad por otras ramas del conocimiento, es incapaz de producir una moral con preceptos obligatorios.

"Aristóteles no pudo dar carácter obligatorio a su moral, hemos respondido, por falta de una idea adecuada de Dios. Si Dios es tan solo una Inteligencia Suprema que ordena y pone en movimiento una materia preexistente, es claro que, no siendo obra de él la naturaleza de la materia, su poder sobre el universo es limitado. Pero para la Filosofía Cristiana Dios es no solo Inteligencia Suprema, sino ante todo Ser Supremo, que ha comunicado a las cosas no solo el orden y el movimiento sino el ser mismo y con él su naturaleza íntima. La ley natural que los seres sin inteligencia siguen ciegamente y que el hombre puede conocer y debe seguir, es una expresión de la ley eterna promulgada por Dios, que obliga a toda criatura, y que es el último fundamento de la moral.

"Una última objeción, nos han dicho nuestros interlocutores. Vemos que su tesis es coherente, pero adolece de un defecto común a toda filosofía católica, que la vicia en sus raíces: no es producto

de la reflexión filosófica libre. La Iglesia Católica declara que respeta la libertad de la Filosofía, pero le impone en seguida las soluciones de sus tesis más importantes: la Filosofía ha de demostrar la existencia de Dios, la creación del universo, la espiritualidad del alma y muchos otros puntos capitales; en realidad es una intromisión indebida de la Teología, que destruye la libertad que reclama legítimamente la Filosofía. Si los pensadores cristianos han llegado a demostrar que Dios es el Ser Supremo y a dar así un fundamento a su sistema moral, lo han hecho bajo la presión de la Teología; el hombre moderno, que ha heredado la magnífica libertad del pensamiento antiguo, rechaza tal servidumbre.

“Una última pregunta, les hemos contestado. ¿Quién se conduce con mayor libertad en una ciencia o en un arte, el principiante, que no conoce la calidad de los diversos caminos que tiene ante sí y que se lanza por cualquiera de ellos, perdiéndose quizá en dificultades menudas que con un mejor criterio hubiera podido evitar, o el maestro experimentado, que rechaza los caminos que lo desvían del fin y que se maneja con soberano dominio en aquellos que lo conducen a realizar la obra propuesta? Indudablemente, el más libre de ambos es el maestro. La esencia de la libertad es, no la posibilidad de equivocarse, sino la aptitud de elegir conscientemente los medios para realizar los fines de nuestras acciones. El hombre no es un ser aislado en medio del universo, al cual el bien y el mal, la verdad y el error fueran indiferentes y exteriores. El hombre está insertado en el orden del universo, en cuya culminación está el Supremo Legislador, y encuentra su verdadera libertad cuando cumple conscientemente el fin particular que le corresponde en el conjunto. Por eso el maestro que conoce y domina los caminos de su ciencia o de su arte, aunque un criterio exclusivamente cuantitativo nos diga que tiene menos caminos para elegir, es en realidad más libre que el aprendiz, que balbuceará y tropezará por cualquier vía, porque su inteligencia no está aún iluminada por la verdad, porque su ser no participa todavía, en su campo de trabajo, del orden universal. La filosofía católica es libre porque cumple con sus propios medios su fin: así, todas las premisas que hemos usado al buscar el fundamento último de la moral son adquiridas a la luz natural de la inteligencia, sin tomar ninguna de la Teología; pero así como el discípulo que

orienta sus estudios según los consejos de un sabio maestro está protegido contra los muchos caminos extraviados en que puede caer y recibe un poderoso estímulo para el desarrollo de sus fuerzas personales, así la Filosofía Cristiana acepta las soluciones que le señala la Revelación, las elabora con sus métodos propios y adquiere, gracias a tan benéfica protección, un vigor y un sello de perennidad, que faltan a los sistemas elaborados por la razón humana abandonada a sus solas fuerzas, y que le permiten reafirmar gallardamente su validez en cada nueva época del pensamiento. Guiada así por el Supremo Pedagogo de la Humanidad, la Filosofía hace conocer al hombre su miseria y su grandeza, su dependencia y su libertad y, conduciéndolo por sus luces naturales hasta las puertas del misterio, prepara para recibir las luces sobrenaturales de la fé a los que no la poseen, consolida y vigoriza a los que ya la han recibido; libre, en fin, de la tortura y el desaliento que corroen el pensamiento racionalista, desempeña en la vida humana un rol que excede en nobleza aún al que soñaron para ella, sin poderlo realizar por falta de tan generoso auxilio, los pensadores más ilustres del mundo antiguo.

Santiago, noviembre de 1937.

G. ALARCO L.